

Juan 1:6-8,19-28

Sermón Juan 1:6-8,19-28 Adviento 3 2008

Hubo un hombre enviado por Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino un testigo de la luz. Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: — ¿Quién eres tú? Él confesó y no negó. Confesó: —Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: —¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: — No soy. —¿Eres tú el Profeta? Y respondió: —No. Entonces le dijeron: —¿Quién eres? Tenemos que dar respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: —Yo soy “la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor”, como dijo el profeta Isaías. Los que habían sido enviados eran de los fariseos. Y le preguntaron diciendo: —¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Juan les respondió diciendo: —Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, quien es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado. Estas cosas sucedieron en Betábara, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

Uno de los grandes problemas que nos enfrenta es nuestra tendencia de siempre buscar el mérito de nuestras acciones. Nos enojamos si no nos dan el reconocimiento por nuestra contribución que pensamos que merecemos. Pensamos que somos indispensables, y que sin nosotros todo vendría abajo. Pensamos que es necesario alabar nuestro propio papel, y rebajar la contribución de otro.

Juan el bautista fue un ser humano también. Pero en nuestro texto vemos que no dejó que ninguno de estos pensamientos lo dominara. Más bien tanto al definir su propio oficio y al comparar su oficio con el de Cristo, lo que vemos es un verdadero retrato de fiel servicio y de humildad. Al ver la descripción de San Juan de la actividad y el testimonio de Juan el Bautista en nuestro texto, resolvemos nosotros también: Seamos fieles testigos de Cristo. Veremos que 1) El fiel testigo confiesa que sólo Cristo es la luz, y 2) El fiel testigo no se atribuye ninguna gloria, sino da toda gloria a Cristo.

La persona de Juan no era tan importante. Se describe como “un hombre”. Es un hombre como cualquier otro hombre, un pecador que necesita un Salvador, y sin embargo alguien que con un corazón cambiado y renovado puede servir algún propósito divino. Y eso es lo importante en Juan. Es “enviado por Dios”. Dios tiene alguna tarea especial para él. Se llama Juan. Aun eso no es un accidente, sino que Dios había indicado a su padre que debería llevar ese nombre, que quiere decir: Jehová es misericordioso.

También antes que naciera se informó algo de lo que sería la misión de este hombre. “Profeta del Altísimo serás llamado, porque irás delante de la presencia del Señor para preparar sus caminos, para dar conocimiento de salvación a su pueblo, para perdón de sus pecados”. Pero él mismo no produciría ese perdón de los pecados, sólo daría testimonio de aquel que lo haría.

Así nuestro texto, al describir el ministerio preparatorio de Juan, resalta enfáticamente la misión de Juan de dar testimonio de otro, de la Luz verdadera que venía al mundo para alumbrar a todo hombre. “Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz”. Un testigo, así el texto define a Juan el bautista. El testigo es uno que da fe de cierto hecho o certifica algo acerca de una persona de quien tiene un conocimiento seguro. Eso Juan haría a favor de Jesús. Testificaría que él es “la luz verdadera que alumbró a todo hombre”.

El apóstol Juan también indica el propósito del testimonio del bautista. “A fin de que todos creyeran por medio de él”. Su misión no es ganar renombre para sí mismo, sino glorificar a Cristo con su testimonio, de modo que las personas pongan en él su confianza y reciban así la salvación. Toda la descripción de la misión de Juan está de acuerdo con esta descripción de su misión. La semana pasada escuchamos que Juan vino “predicando un bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados”. Lucas nos informa que decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: “¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: ‘Tenemos a Abraham por padre’, porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego” (Lc 3.7-9). Pero a los que se arrepentían, los bautizaba y

les señalaba a Cristo como su Salvador: “¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!”

Lutero escribe de su ministerio: “Ahora Cristo debía venir en humildad y sin presunción, sin ninguna exhibición ni ostentación que impresiona tanto especialmente a las mentes carnales. Debía conquistar al mundo con su palabra y sus milagros, no con escopeta ni espada ni poder físico. Por eso no fue un ángel que fue enviado para reemplazar a Moisés, los profetas, los sacerdotes y los levitas como un mensajero de Dios; fue un hombre, cuyo nombre fue Juan. Sin embargo, fue más que un profeta, como Cristo testimonia acerca de él (Mt. 11:9). Fue enviado por Dios—es decir, no escogió venir por su propia cuenta, sin autorización—para ir delante del Señor. Debía tocar las puertas, despertar a los judíos, y testificar del Señor que se les había prometido, diciendo: ‘Abran sus puertas y entradas. ¡Su Salvador, a quien tanto tiempo habían esperado, ha llegado! ¡Despiértense! ¡He aquí, la nueva luz está presente, la luz que estaba con Dios desde el principio, que es el Dios eterno que ahora se ha hecho hombre! ¡Tengan cuidado para que no les pase inadvertido! Éste es Cristo el Señor, a quien tanto tiempo han esperado y anhelado y suspirado por él. Está ante sus puertas. Sí, está entre ustedes (Jn 1:26). Salgan a encontrarlo. Reciban a su Señor y acéptenlo.’”

Hermanos. ¿No tenemos una misión análoga? ¿Estamos aquí sólo para pasar el tiempo hasta que lleguemos al cielo? ¿No nos ha dado Dios también una gran misión y privilegio mientras estamos aquí entre nuestras familias, colaboradores, vecinos, amistades, etc.? ¿Qué es lo que Cristo dice en el Sermón del monte? “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de una vasija, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en casa” (Mt 5.14-15). Cuando conocemos por su gracia a la luz del mundo, ¿podemos dejar a los demás en las tinieblas? ¿No daremos también testimonio a la luz como lo hizo Juan el bautista?

Veamos también cómo Juan dio testimonio a Jesús. Podemos observar que el fiel testigo no se atribuye ninguna gloria sino da toda gloria a Cristo.

Cuando fue a Juan una delegación de Jerusalén para investigarlo, le preguntaron: “¿Quién eres tú?” Juan

inmediatamente sintió lo que estaba detrás de la pregunta. Corrían rumores, debido a las grandes multitudes que salieron a Juan para ser bautizados por él, que tal vez él sería el mesías que la nación judía esperaba. Así que de frente les contestó: “Yo no soy el Cristo”.

Aun cuando preguntaron si era Elías o el profeta, la respuesta de Juan sigue siendo: “No”. No quería ninguna gloria para sí mismo. Toda la gloria pertenecía al Cristo cuyo camino vino para preparar.

Como un ser humano, fácilmente su gran éxito podría habersele subido a la cabeza. Fácilmente podría haber reclamado algo de la honra y la fama que los hombres comenzaban a atribuirle. Pero no lo hizo. Negó toda gloria para él.

Aun cuando le preguntaron con qué autoridad bautizaba, que era la obra característica de Juan, aprovechó la oportunidad para dar otro testimonio acerca de Cristo y no reclamó ninguna gloria para sí. “Yo soy ‘la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor’, como dijo el profeta Isaías”. La voz, nada más. Su única misión era preparar el camino para el Cristo y glorificarlo a él, señalarle a él como el Redentor y Salvador de la humanidad. “Yo bautizo con agua”, dijo, “pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, quien es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado”. O sea, el Cristo a quien anuncio es tan grande que no soy digno de hacer ni el trabajo del más humilde esclavo para él. Si quieren a alguien que es grande y que les puede hacer cosas tan grandes como perdonarles el pecado y darles la vida eterna en el cielo, lo encontrarán no en mí, sino en el Cristo a quien proclamo y les señalo. En él hay vida eterna que él ganará con su perfecta obediencia a todo lo que Dios manda y se sacrificará para pagar la deuda de todos nuestros pecados. No miren a mí, miren a él, crean en él, confíen y esperen en él. En él hay salvación.

Frente a este ejemplo de uno que fielmente alejó toda la atención de sí mismo y lo dirigió al Señor, ¿qué diremos de las muchas veces en que tenemos celos por nuestra propia reputación, enojo por nuestra falta de reconocimiento de parte de los demás, nuestra tendencia de exagerar nuestro propio papel en la iglesia y fuera de ella? ¿No tenemos que decir que hemos pecado contra nuestro Señor y Salvador, robando a él la gloria que le pertenece

a él y atribuyéndola a nosotros mismos? ¿Por qué hacemos trabajos en la iglesia? ¿Por qué servimos a nuestro prójimo? ¿Es para que otros nos den un reconocimiento y digan, que piadoso es él o ella, o que buena gente? Jesús tuvo algo que decir acerca de esto: “Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa” (Mt 6.1-2). Y lo mismo dijo de orar y ayunar.

Se acuerdan el pasaje que citamos antes: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de una vasija, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en casa.” Ese pasaje sigue: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras”. ¿Para qué? Para que nos alaben y nuestro nombre sea celebrado y glorificado? Todo lo contrario. “Y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. Que todo lo que hagamos, en palabras y en obras, sea un testimonio no de nosotros, sino de la grandeza y la gracia de nuestro Salvador Jesucristo y de su Padre bondadoso que lo envió. (Mt 5.14-16)

Me acuerdo una vez que visité a una mujer que a veces visitaba nuestros servicios en California. Una vez mencionó que había hecho algo para alguien, y fue algo realmente generoso, y que esa persona había comentado: “Bueno, has ganado otra estrella para tu corona”. Contestó algo así: “No. No he ganado nada. Mi Salvador ya ha ganado todo para mí y me lo regaló. Sólo quiero decirle gracias con lo que hago”. Esa fue la actitud de Juan también. Y si esto también es nuestra actitud, seremos realmente fieles testigos de Jesucristo. Amén.